

Una cabra

Adriana Arjona*



Soy una cabra. Una cabra marroquí. Una cabra marroquí que vive cerca de Ouarzazate. Sé de cabras arrugadas que prefieren pensar que estamos más próximas a Marrakech, pero solo por esa cosa tonta que tienen algunas cabras de sentirse importantes al creer que viven cerca a la ciudad más excitante del país. Estamos a cuarenta grados bajo la sombra. Algunas cabras no se agobian tanto como yo con el calor. Pero a mí definitivamente me vuelve loca. Más loca que una cabra. ¿Entienden el chiste? "Más loca que una cabra", dicho por una cabra tendría que ser increíblemente gracioso, ¿o me equivoco? Estoy trepada en la rama de un árbol al borde de la carretera. Cuando escasea el pasto, las cabras nos subimos a los arbustos de argán para comer sus frutos. A mí no me gustan demasiado y, de hecho, este argán ya no tiene ni un solo fruto. Pero este es el truco que usa mi amo para atraer turistas. Nos monta a todas las cabras del rebaño en el árbol y entonces la visión se vuelve dalinesca. En realidad no sé muy bien lo que algo "dalinesco" significa. Es solo que me resultó fascinante la afirmación que hizo alguna vez una turista española que no paraba de hacernos fotos, mientras repetía una y otra vez: "Qué imagen más dalinesca, qué imagen más dalinesca". Para mí es una cosa ridícula: ¿mantener a 32 cabras montadas en las ramas de un árbol al que ya se le acabaron los frutos solo para atraer turistas? ¡Por Mahoma! Es increíble que aún haciendo este tipo de cosas los humanos creen que son mejores que el resto de los mamíferos.

* Publicista, guionista de cine y televisión, especialista en Creación Narrativa de la Universidad Central. Ha sido premiada por su trabajo en *La uña roja* —guión para largometraje—, *Gringo hp* —producción para cortometraje—, *Una obra de teatro* —coautora del guión—. Entre sus libros publicados están: *El Principito según Luciana*, *infantil*, *Pequeñas Imágenes*, algunos textos cortos ilustrado por Angel Loochkartt, como *Tanto cielo que pudo ser nosotros*, fotografías y textos de viajes con Angel Beccassino. "Una cabra" es el cuento ganador de los Premios de Literatura 2013, en la modalidad de Concurso Nacional de Cuento de la Universidad Central. Correo: arjonaadriana@yahoo.com

El caso es que estoy aquí, como todos los días, contribuyendo con mi papel de cabra loca montada en un árbol, junto a mis 31 compañeras de rebaño. Los carros que pasan con turistas frenan en seco, indefectiblemente, al ver estos racimos de cabras colgando de las ramas de los árboles de argán, y entonces todos se bajan y empiezan a enfocarnos con sus cámaras de fotografía. Sé lo que son las cámaras porque mi amigo Abdel, que Alá tenga en su gloria, sabía mucho de esas cosas. Abdel era un perro callejero de origen egipcio que había tenido la suerte de haber sido recogido por un francés excéntrico que viajaba por todo el mundo tomando fotos y escribiendo para una revista. Ese perro sí que se dio la gran vida antes de que su dueño se enamorara de una muchacha marroquí y decidiera quedarse en Ouarzazate. Abdel montó en avión, en barco, en carro y hasta en elefante que, según me contaba, es un animal más grande que el camello y más inteligente también, aunque eso no lo encuentro difícil de creer. Siempre he pensado que no se puede esperar demasiado de un animal tan grande con una cabeza tan pequeña. El punto es que Abdel me enseñó todo lo que sé, como que los aparatos grandes y negros con los que antes nos apuntaban los turistas son cámaras análogas. Me gustaba verlos con sus diez dedos poniendo el rollo con tanta destreza y después haciendo un par de disparos



Desde los
carros, los
turistas solo ven
una planicie
de arena rojiza
y uno que
otro árbol de
argán. Pero no
personas ni
mucho menos
camellos.

indiscriminados para quemar las primeras fotografías, por si el comienzo del rollo se había velado. Pero después empezaron a traer esas camaritas digitales de colores pastel que parecen el juguete de un niño. Perdieron seriedad los turistas. Ya no parecen viajeros profesionales, como los de antes. Ustedes encontrarán absurdo que una cabra se fije en estas cosas. Pero si, como yo, pasaran todo un día arriba de una rama, se sorprenderían de las cosas en las que uno empieza a reparar. Otra cosa que colma mi atención son los pies de las turistas. Casi siempre están inflamados y enrojecidos, y llevan curitas en los dedos y en los talones, como si no supieran elegir el calzado adecuado. Abdel me decía que en occidente los zapatos son muy importantes para las mujeres y que gastan mucho dinero en calzado de diferentes colores y diseños. Incluso me habló del tacón puntilla. ¡Ja! Y las locas somos las cabras. Una vez que los turistas se bajan del carro, mi amo aparece de la nada. Y digo de la nada porque esa es la sensación con la que se quedan los visitantes, pues desde la larguísima y solitaria carretera, lo único que se ve es desierto. Imaginen una línea eterna de cemento incrustada en el medio de la arena. Así es la vía que conduce de Marrakech a Ouarzazate. Solo desierto a lado y lado. Desde los carros, los turistas solo ven una planicie de arena rojiza y uno que otro árbol de argán. Pero no personas



ni mucho menos camellos. Por eso las cabras sobre las ramas somos un escándalo frente al cual hay que detenerse. Y ahí es cuando, aparentemente de la nada, sale mi amo con sus cuatro camélidos. Yo sé perfectamente que él ha cavado un hueco en el que se esconde con esos tontos jorobados, que deben permanecer echados para no ser vistos desde la carretera. Y tan pronto los humanos con cámaras se bajan del auto que los transporta, mi amo sale de su escondite y los sorprende ofreciéndoles un paseo en camello. Y ya sabemos que no hay nada que un turista quiera más que una aventura controlada, así que pagan y cada uno elige el camello que más le gusta, se montan, se toman millones de fotos y luego hacen un recorrido idiota con mi amo llevándolos a cabestrillo. Mis cuatro patas empiezan a temblar cuando alguien elige a Said, el peor camello que he conocido en toda





mi vida de cabra. Nunca confié en ese camello. En general, siempre he creído que los camellos, además de tontos, no son de fiar. Pero ese camélido mañoso y presenil de Said es en realidad un caso aparte. Abdel, mi amigo el can, me contó que Said es un nombre muy común dentro del mundo árabe porque simboliza felicidad, contento y suerte. Pero estar cerca del camello Said es la antítesis de la buena fortuna. Una vez vi cómo ese bicho casi le arranca la cabeza a una rubia que se quería tomar una foto con él. El muy condenado le atrapó con la mandíbula el larguísimo pelo que llevaba recogido en una cola de caballo, y si no hubiera sido por el valiente marido que le estampó un lente Cannon contra el hocico, ese camello le habría rediseñado a la rubia su humana anatomía. Tan pronto la soltó, la mujer salió corriendo desfavorida hacia el taxi Mercedes Benz que los transportaba, mientras mi amo se retorció de risa y acariciaba con palmaditas de aprobación a su consentido Said. La mujer lloraba y le gritaba a mi amo lo que, por su forma de gesticular, parecían terribles improperios en un idioma que no entendí. Cabe anotar que son varias las lenguas que domino. Además

del marroquí y el francés, por supuesto, entiendo el español y el italiano a la perfección. El inglés no me gusta tanto, pero sé lo básico: “Hello”, “Goodbye”, “How much?” “Camel” y “Wanna fuck?”. Esto último me lo enseñó un cabro bien arrebatado que al poco tiempo de nuestra relación terminó servido a manera de tahine de cordero con ciruelas pasas y couscous. Mi amiga Yuhayna Halyme está convencida de que este cruel asesinato hizo que yo perdiera mi cría. Pero yo sé que no fue eso. El aborto de mi dulce Hassan, un cabrito al que solo le faltaban unos días para salir al mundo, fue producto del dolor que sentí cuando vi cómo Said le arrebató la vida a mi amigo Abdel. A él siempre le había gustado corretear a los camellos, ladrarles un rato, amagar a que les mordisqueaba las patas. Era algo inofensivo que todos los camélidos aceptaban, menos Said que siempre tiraba patadas cuando Abdel estaba cerca. Pero mi peludo amigo era rápido y siempre lograba esquivarlo. De lo que no pudo escapar fue del peso. Ese día, ese terrible día, Abdel corría junto a esa despreciable bestia encorvada cuando le vi en los ojos saltones una mirada extraña y se dejó caer en medio

de uno de sus repentinos desmayos. Cuando Said se levantó, mi pobre Abdel parecía dormido. Jamás imaginé que sería un sueño del que jamás despertaría. Hablar de eso todavía me hace quebrar la voz cuando balo. Igual que cuando veo al bebé de Yuhayna Halyme, que acaba de ser madre y por eso no está montada con las demás cabras en el árbol de argán. Me alegro por ella, pero no puedo negar que siento envidia al ver a esa pequeña cría que no se le despega ni un segundo y que busca su abrigo en las noches heladas del desierto. Volviendo al cuento, siempre he sabido que ese camello Said no está bien de la cabeza. Es retrechero, taimado, ladino. La mejor palabra que lo describe es "granuja". [Qué buena palabra es "granuja"! ¿No les parece? Tan expresiva y vehemente. Tan elocuente y sonora. A Abdel le encantaba porque su dueño la usaba para referirse a la gente mala. Y como hay tanta gente mala, se lo decía muchas veces al día. "Granuja. Granuja. Camello granuja. Malvado, maligno, pérfido, perverso, vil, canalla, maléfico, diabólico, cruel". Me encantan los sinónimos. Eso también lo aprendí de Abdel, y gracias a él tengo un vocabulario muy extenso. Ya no soy como esas cabras sencillas que se quedan con la primera expresión que aprenden. Abdel tampoco era un perro sencillo. Era un can cultísimo, como su amo. Culto y viajado. Culto y con experiencia. Culto y



Cabe anotar que son varias las lenguas que domino. Además del marroquí y el francés, por supuesto, entiendo el español y el italiano a la perfección.

curioso. Pero estábamos en Said. Ese camello despreciable lo ha aprendido todo de mi amo, que es igual de irresponsable. El muy imprudente sabe que ese ridículo camello está mal y aún así lo sigue ofreciendo para hacer paseos con turistas. Sobre ese lomo, sentadas entre esas dos gibas, he visto toda clase de mortales incautos que no alcanzan a imaginar que ese camello es tan peligroso y letal como lo que contiene una cajetilla de Camel, los cigarrillos que fuma el dueño de Abdel.

—Esos Camel me van a mata  a decir Abdel, ya que pasar tanto tiempo al lado de su dueño, lo había convertido en fumador pasivo. ¿No les parece irónico que justamente fuera un "camel" el que acabara con su existencia? Retornando el tema de Said y los turistas que se suben en él, ¡incluso niños he visto allí arriba! Y no es que me fascinen las crías humanas. De hecho, les tengo cierto resentimiento porque muchos de ellos nos maltratan. Mientras los adultos nos fotografían, esos mocosos de porquería nos lanzan piedras, creyendo que así bajaremos del árbol. El caso es que a pesar de ser despiadados, son criaturas frágiles. Y, por favor, díganme, ¿qué clase de musulmán monta a seres indefensos sobre un camello que se desmaya siete veces al día? Sí, como lo oyen. Said se desmaya siete veces al día. Y a veces más, aunque el promedio que llevo en mi cabeza es siete,

que en todo caso es mucho para un camello que trabaja en el sector turístico. Y es que, además de ser un bribón, este mamífero ruminante pierde el sentido sin previo aviso. De repente, de la nada, como si le hubieran pegado un tiro, la bestia de desploma con todo y turista encima. Y a mi amo poco parece importarle. De hecho, siempre se ríe y aplaude como si se tratara de algo divertido. Pero cada vez que Said se cae, yo pienso en Abdel y no lo encuentro nada gracioso. “Alguien va a terminar muerto”, me digo varias veces al día, mientras miro esa carretera recta y larga que parece venir de ninguna parte y llevar a ningún lugar. Aunque sí lleva a un destino,

Ouarzazate, y es allí donde los carros repletos de turistas se dirigen porque tiene su encanto a pesar de la pobreza. Alguna vez, siendo aún muy pequeña, escapé con mi hermano y nos perdimos por esa medina laberíntica color naranja. Fue una aventura fascinante, aunque recuerdo con enfado esa semana que pasé atada a un árbol con una cuerda que me lastimaba el pescuezo al volver de nuestra andanza. Aún así pienso que la peripecia en Ouarzazate valió la pena porque fue ahí cuando conocí a Abdel. Yo encontré la puerta de su casa abierta y entré a curiosear cuando lo vi tendido en la cama junto a su dueño, que dormía y emitía un sonido extraño al



“Alguien va a terminar muerto”, me digo varias veces al día, mientras miro esa carretera recta y larga que parece venir de ninguna parte y llevar a ningún lugar.

exhalar. —¿Quién eres? preguntó Abdel y después ladró alegremente, me batió la cola, vino hacia mí y me olfateó. Le dije que era una cabra y él dijo que ya lo sabía, que había visto miles de cabras en su vida y, en fin, nos hicimos amigos. Ese día me siguió hasta la carretera desolada, a donde venía a visitarme cada día. Mientras estuve atada, como castigo por haberme fugado, Abdel me contó todas sus aventuras por el mundo, los países que había conocido, las cosas raras que había comido, los idiomas que había escuchado. No le creí cuando me dijo que existía una cosa que se llamaba mar y que era enorme como el desierto, pero no de arena sino de agua. Sonaba tan absurdo que no le di crédito. Sin embargo, un día trajo en su hocico una foto de las que tomaba su dueño y me empezaron a castañetear las carracas cuando vi que era cierto. No podía imaginar tanta agua junta. Aunque fue un poco decepcionante saber que no se podía beber porque es salada. Vaya desperdicio, ¿no creen? “Alguien más va a terminar muerto”, me digo nuevamente y veo otro carro que pasa con turistas que seguramente irán, además de a Ouarzazate, a la orilla del desierto, donde nace El Sahara. Alguna vez oí a un turista decir que conocer el desierto había sido tan sobrecogedor como ver por primera vez el océano.

—¿Que qué? llamó Abdel indignado cuando le conté la comparación que había hecho aquel hombre. —¡Ese mortal no sabe lo que dice! El mar es algo único. Es fantástico, no hay nada en el universo que se le parezca. Tú no sabes lo que es correr por la playa, justo donde el agua lame la arena.

—¿Cómo es? pregunté.

—Es difícil pero divertido. Puedes jugar a mordisquear las olas, que es tan tonto como intentar alcanzarte la cola, pero matas el tiempo, quemas calorías y después duermes como un tronco.

—Suenan bien, Abdel dije mientras intentaba alcanzarme la cola, pero ni siquiera me la veía. —Quisiera conocer el mar contigo.

—Después de conocer el mar, un mamífero puede morir tranquilo. Abdel, e inmediatamente se tiró al piso y se empezó a lamer sus partes íntimas, cosa que siempre me producía un poco de pudor a pesar de la confianza que nos teníamos.

—y si no conoces el mar nunca pregunté ansiosa, —¿mueres intranquilo?

Abdel no me contestó. Siguió en su sesión de acalamiento y luego se fue a correr detrás de los camellos. Lo imaginé jugando a la orilla del mar que tanto le encantaba. A Abdel lo volvía loco el mar, pero a los turistas que vienen por aquí les gusta el desierto y también detenerse en el estudio de cine que queda de camino a Ouarzazate, aunque no los dejen entrar. Sí, señores. Aquí tenemos estudio de cine y de los grandes. Dicen que hasta Clint Eastwood ha venido a filmar acá. Yo no sé quién es ese Clint, pero Abdel me dijo que su dueño había visto todas sus películas y me explicó también cómo era eso de actuar y fue ahí cuando yo comprendí que había nacido para el cine. Cuando le conté a Abdel que al año de nacida había aprendido a hacerme la muerta, se le aguaron los ojos y me dio un lengüetazo. “No sé de ninguna otra cabra que haya aprendido a hacerse la muerta. ¡Y conozco a muchas cabras!”, me dijo. Y es verdad. Yo tampoco conozco a ninguna otra abra que se haga la muerta. Todas se especializan en treparse a lugares difíciles y darse cabezazos. Pero lo mío era interpretar a alguien diferente a mí. Como a un muerto. Por eso me parecía tan hermoso eso de hacerme la muerta. Pero mi padre se encargó de desalentarme. “Haga lo que saben hacer las cabras”, me decía una y otra vez. Y heme aquí. Trepada en este arbusto de argán en el

que ya no quedan frutos, pero del que no podré bajarme en todo el día porque soy la camada para los cándidos turistas. Son 2:00 p.m. y ya no me aguanto las patas. Si sigo así, con seguridad terminaré con várices. No hay quién aguante tanto tiempo de pie sin sufrir las consecuencias. Un día, aquí frente a mis ojos, a una anciana se le reventó una de las venas de la pierna derecha. El chorro de sangre fue tan poderoso que salpicó de rojo mi pelaje blanco. Ese día vomité. No comprendo cómo ustedes los humanos pueden comer carne, músculo, sangre, pudiendo elegir tantas otras cosas qué comer. Ahí se detiene otro carro. Otro grupo de turistas. Otros incautos. De solo pensarlo me aburro. Pero entonces, justo cuando empiezo a bostezar, veo al padre que se baja corriendo y se aproxima al árbol con una cámara negra y grande. ¿Una cámara análoga? ¿Hace años no veía una! Después veo venir a los hijos dando brincos. Son dos y son bellos. No me tiran piedras, como la mayoría de los mocosos que vienen por aquí, sino que me hablan a mí y a mis compañeras a media lengua como si fuéramos unos bebés. “Cabrita linda, cabrita linda”, dicen en un español latinoamericano que me eriza hasta los cachos. ¡Los amo! Más allá veo a la madre. Camina lentamente y cuando está junto al árbol me doy cuenta de que tiene unas sandalias cómodas y que sus pies no están rojos ni inflamados, y en sus dedos no hay curitas !Me encanta! Al igual que su esposo, ella también carga una cámara análoga y se sienta en una roca para ponerle un rollo nuevo. Lo hace con sus hábiles dedos, largos y bellos, y luego hace esos dos disparos al aire que me enajenan.

—¡Mira, mamá! Cabras como las de tu película  dice uno de los niños y yo me siento morir. ¿Dijo película? ¿Acaso es actriz? ¿Y qué es ese bulto en su vientre? ¡Está embarazada! “Qué todas las bendiciones de Alá cubran tu familia”, pienso con los ojos

cerrados y justo cuando los abro veo a mi amo que trae a los camellos para ofrecerle a la familia un lindo paseo por el desierto. Los niños saltan alrededor del padre suplicándole que acepte y, por supuesto, acepta. Cada uno elige su camélido. La madre mira atentamente a todas las bestias y al final se decide por Said, quien hoy se ha desmayado trece veces. ¡Trece! Said se arrodilla con sus patas delanteras y luego aplasta su enorme culo sobre la arena. La mujer, la actriz, mi musa con su retoño no nacido, se prepara para subirse. Veo en los ojos saltones de ese condenado camello la misma mirada que hizo antes de caer sobre Abdel y comprendo que eso de los desmayos no es más que una parodia. Lo hace a propósito. Es su diversión. Un entretenimiento que mi amo celebra y aplaude. La hermosa mujer está a punto de montarse sobre Said. ¿Por qué eligió a Said? Puedo jurar que va a tumbarla. Y no porque esté viejo y tenga desmayos incontrolables, sino porque es malo. !Es un granuja! Lo hará adrede. Veo un asomo de sonrisa en la comisura de su hocico al sentir cómo la mujer embarazada se le acerca y empiezo a temblar.

Quisiera poder hablar. Hablar en español y gritar: “No te montes en ese estúpido camello”. Pero ella se va a montar. Tengo que hacer algo. Me bajo del árbol de un brinco. No es por nada, pero brinco muy bien porque soy una cabra extremadamente ágil a pesar de que el ejercicio no es lo mío. Yo soy más intelectual. Más profunda. Pero, como comprenderán, está en mi naturaleza eso de trepar, saltar y hacer cosas de cabra. Corro y de un cabezazo tumbo a mi amo y luego sigo hacia Said, que me mira incrédulo.

—¡No la tumbarás, maldito hijo de puta!  balo con tono recio mientras corro hacia ese camello miserable que está acostado, esperando a que la mujer se trepe sobre su lomo. —¡No le harás perder a su bebé 

Aprovechando que está acostado, le doy un topetazo fulminante en la panza que lo hace caer de costado. Entonces, sin dudarle un instante, atrapo con mi pequeño hocico sus genitales y me aferro a ellos con todas las fuerzas que Alá me ha dado. Lo hiero de manera irreparable.

—¿Pero qué hace esta cabra loca?—, grita mi amo mientras me desprende con un patadón de mi presa.

Sí. Estoy loca. Más loca que una cabra loca. Mis barbas blancas se han teñido de rojo y el sabor de la sangre me produce arcadas, como cuando la vena de esa mujer estalló en mi cara. Pero no me importa. He salvado a la bella mujer. Los he salvado a ambos. Ese bebé nacerá. No como el mío, que murió por la mezquindad de ese camello infeliz. No conocí el mar, pero conocí a Abdel, así que puedo morir tranquila. Poco interesa que me sirvan en forma de tahine acompañada de ciruelas pasas y couscous. ■

